



La palabra que no muere

"La palabra queda. Este es el gran consuelo del que predica. Mi voz desaparecerá, pero mi palabra que es Cristo, quedará en los corazones que lo hayan querido acoger" (17.12.78)

"Estas homilías quieren ser la voz de este pueblo. Quieren ser la voz de los que no tienen voz. Y por eso, sin duda, caen mal a aquellos que tienen demasiada voz. Esta pobre voz encontrará eco en aquellos que aman la verdad" (29.07.79).

"Esta semana me llegó un aviso de que estoy yo en la lista de los que van a ser eliminados. Pero que quede constancia de que la voz de la justicia nadie la puede matar" (24.02.80).

† Oscar Arnulfo Romero

Al año de la muerte martirial de Monseñor Oscar Arnulfo Romero, comprobamos con admiración y gozo que la bala que segó su vida, no pudo matar su palabra. Su muerte aceptada por él mismo como supremo testimonio de la Verdad que predicaba, agigantó su figura. Sus palabras recogidas en cintas grabadas o en ediciones impresas, siguen esparciéndose por todas partes con tanta mayor incidencia, cuanto mayor es el ámbito de difusión y más reconocida como tal su voz de profeta.

Tanto en América Latina, como en el Canadá y los Estados Unidos, como en los países centroeuropeos y los mediterráneos, se vienen sucediendo, traducidas a las más importantes lenguas, las ediciones completas o las antologías compuestas con diferentes criterios, que publican y esparcen lo que fue su palabra escrita y lo que fue su palabra hablada. Sus Cartas Pastorales, sus Homilías y Predicaciones y hasta las entrevistas que concediera a la prensa, se han hecho cada vez más universales.

En esa universalidad, siguen siendo Evangelio que muestra a los creyentes el verdadero rostro de Dios; testimonio arrebataador de una vida consagrada a la defensa de la justicia para los no-creyentes; verdad sobre El Salvador, y desde ese país sobre toda la América Latina para todos.

Analistas políticos han destacado la poca acogida que ha tenido en Europa la misión que enviara Reagan para justificar y recabar apoyo para su política intervencionista en Centroamérica. Y señalan, entre las causas del fracaso de esa misión, el "conocimiento" que hoy se tiene en Europa de la situación salvadoreña. No puede haber la menor duda que ese "conocimiento" que es nuevo, está en gran parte fundado por la palabra difundida y acogida de Monseñor Romero.

Porque su palabra asesinada está viva, más viva que nunca, para defender a su pueblo frente a quienes pretenden imponer una paz basada en la injusticia y en la opresión de las mayorías. Para contribuir a evitar que se llame "centro" (ni derechas ni izquierdas) al apoyo a proyectos donde no se da más verdad, más justicia, más participación popular.

No pretendemos con esto afirmar que si Romero hubiera continuado vivo no hubiera tenido palabras nuevas que pronunciar para iluminar las nuevas situaciones. Al contrario: hubiera sido importante escucharle su palabra histórica sobre las posturas de Reagan, sobre el actual jefe de gobierno de El Salvador, sobre los que apuestan por sus propios proyectos frente a los de las organizaciones populares. Pero al mismo

tiempo, esa palabra no dicha porque fue silenciada por la muerte, sigue resonando porque la pronuncian quienes sienten el compromiso de seguir su tarea y porque las palabras pronunciadas antes de morir hacen resonar en el mundo las palabras que la muerte no le deja decir.

Resulta conmovedor palpar la Fe que Mons. Romero tuvo en la pervivencia de su Palabra. Esa seguridad que ella le sobreviviría. Tanto más extraña en un hombre tan sencillo como era él.

Y es que Mons. Romero tenía el convencimiento que su palabra no era palabra suya. Sabía que era la voz de todo un pueblo al que escuchaba día tras día. Así, a fuerza de escuchar, pudo de verdad ser voz de los sin voz. Grito de justicia repudiado por los que "tienen demasiado voz", pero que contribuyó a devolver la voz a los que los opresores se la habían arrebatado. Mons. Romero sigue hablando en ese pueblo que lucha, que no se doblega, que hoy ha hecho de su clamor un grito amenazante para los poderosos empeñados en mantener sus privilegios a costa de la miseria de las mayorías.

Mons. Romero tenía conciencia de que su palabra era la palabra de una Iglesia que como la quiere el Vaticano II se puso toda al servicio del Reino allí donde no había sino negación del Reino y como la quiere Medellín se había puesto toda al servicio de la Liberación allí donde solo había opresión. Iglesia servidora, Iglesia de los pobres, Iglesia con ellos perseguida. Pero Iglesia que ha recibido el mandato del Señor de predicar el Evangelio y que tiene su promesa de perdurar a pesar de las persecuciones.

Mons. Romero sabía también que su voz era voz de Dios. "Mi palabra es Cristo". Y la palabra de Dios que se hace juicio sobre la historia, es grito que reclama sobre la sangre del hermano derramada injustamente.

Esa es la grandeza del Obispo Mártir. Que no dijo nunca sus palabras. Que de tanto escuchar el dolor de su pueblo y el reclamo de Dios sobre ese dolor, llegó a que su palabra fuera solamente palabra del pueblo, palabra de la Iglesia y palabra de Dios.

En este 24 de marzo conmemoraremos el primer aniversario de su muerte. Esta conmemoración está siendo vivida con angustia. Por la suerte de los pobres de El Salvador más que nunca amenazada. Porque de nuevo se quiere acallar hasta con la sangre su grito ante la injusticia que quiere aplastarlo. Y también porque se perciben intentos sordos, disimulados de acallar más y más la voz de su profeta. Lo que más duele es que estos intentos provienen también de quienes mayor empeño deberían mostrar en potenciar el Evangelio del Pastor martirizado. Hay sectores en la Iglesia que se resisten a aceptar su figura, a acoger su mensaje como Evangelio que nos llama a la conversión al Dios de los pobres. Se murmura que Romero habría sido "imprudente", que se habría metido demasiado en "política"; se traen a colación algunas dificultades que padeció con ciertas instancias vaticanas.. Y así se sienten liberados para aceptarlo como fue, como un profeta de Dios. Y sobre todo se sienten liberados de proclamarlo como lo que es, como un Mártir de Cristo.

Es triste que esto pase. Quizás alguno se libre así de la gran acusación de Jesús, "¡Ay de ustedes que edifican mausoleos a los profetas, después de que sus padres los mataron!" Pero podrán merecer la de "guías ciegos". Porque en América Latina y en el Mundo ya el Pueblo que espera la Liberación ha proclamado que Monseñor Romero es Mártir y su palabra sigue siendo escuchada como palabra de un Testigo del Evangelio. Monseñor Oscar Arnulfo Romero fue lo que fue precisamente por serlo como Obispo, como Pastor de la Iglesia. Y su palabra, si no se oculta, sigue siendo lo que fue siempre: palabra de evangelización que llama a todos a la conversión. Palabra que todos necesitamos para no llegar a ser responsables de ocultar el rostro de Dios a los hombres de nuestro tiempo.

